

JULES LAFORGUE

DEMASIADO TARDE

Nota y traducción de JAIME GARCÍA TERRÉS

En la breve nota que sirve de prólogo a la colección de sus excelentes translados poéticos (Antigrafés, Atenas, 1965), *Giorgos Seféris* desaprueba el intento de "mejorar" el poema que se traduce; pues éste (insinúa) nunca cesará de erigirse, al lado de su réplica, en explícita referencia acusadora. Por mi parte, ignoro si mi traducción intenta o no "mejorar" el texto francés de Laforgue: uno de los más tempranos entre los que no llegó a recoger en volumen, y por tanto uno de los menos perfectos desde el punto de vista de la técnica. En todo caso, no juzgué deseable que la forma y el fondo de esta versión reflejaran servilmente en español cuantos elementos depara su modelo, pues ello habría impedido al nuevo texto seguir los dictados de su propia economía interna.

Daré algunos ejemplos ilustrativos. La palabra "oro" (or) y la palabra "sollozo" (sanglot), que el original repite una y otra vez, no figuran en mi traducción salvo que me parezcan esenciales. Así, las estrellas abandonan su aspecto "de oro", para asumir el menos fastuoso de "cómplices". De hecho, he reservado el precioso metal para enjorar los ángeles de Fra Angelico y el nicho de la Virgen. Los sollozos se desvanecen en beneficio de más sobrios gestos.

A propósito de Fra Angelico de Fiésole, como Laforgue no asegura que "sus delicados ángeles" bayan sido pintados

en esta última población, sino sólo advierte que "Fiésole" los pintó apartándose de los ruidos de Florencia, prefiero suponer que dichos ángeles nacieron florentinos, durante la reclusión del beato pintor en San Marco. Después de todo, tanto Fiesole como Florencia se ballan en la provincia de Firenze (Florencia).

Respecto a la forma: Laforgue emplea, invariablemente, la clásica estrofa de cuatro alejandrinos rimados (abab). No puedo ni debo conservar en nuestra lengua ese patrón fijo, que para el oído actual resultaría forzado y monótono (defectos en los cuales Laforgue no solía incurrir). Pero sí he logrado, echando mano de alguna imaginación artesanal, instalar una variable rima en consonantes, y versos con medida y ritmo, si no con idéntico número de sílabas.

La última estrofa del "Trop tard" original continúa, en apariencia, la estricta relación de actitudes que el protagonista habría adoptado de haber nacido en el Cinquecento. Pero mi versión transforma esa estrofa en crucial epítome de las anteriores, subrayando su carácter de cierre o remate del poema.

No creo —seamos francos— que mis leves traiciones lo sean de veras. Más bien encubren una lealtad profunda al espíritu del poeta y de su creación madura.

Ah, ¿por qué no viví
durante aquellos años de inocencia,
al cabo del milenio, con su credo sonoro,
cuando pintaba Fiésole, recluso en Florencia,
sus delicados ángeles sobre fondos de oro?

¡Oh, claustro de otro tiempo! ¡Jardín de sabias almas,
corredor de cien ecos, lentos pasos,
oh, paredes altivas,
muros donde la luna proyecta las ojivas
después de las jornadas monótonas y calmas!

En un vago convento de la Umbria piadosa,
por el supremo adiós la vanidad vencida,
hubiera (tonsurado, ebrio
de Dios) sembrado ahí mi vida,
ya muerto para el mundo, la mirada gozosa.

Habría yo pintado
con mano trémula figuras
cuyas pupilas reflejaran
las cosas celestiales,

en el fino papel de floridos misales;
y mis cosas serían parejamente puras.

Habría recamado en una catedral
capillas de marfil, labrándoles su rosa,
y alzando con el alma la flecha terminal
para lanzar al aire mi reprobación amorosa.

Hubiera yo calado en muros y oriflomas
azulados vitrales, repletos del hechizo
de ángeles trocados por las divinas tramas
en lucientes portales al pleno paraíso.

Tras el ángelus tenue sentiría
mi corazón fundirse consolado,
y de la noche de mi celda subiría
a las estrellas cómplices mi clamor desterrado.

Así constelaría con oros y rubíes
el precioso retablo donde la virgen mora
elevando el dolor
de sus pálidas manos de alhélies
y sus ojos azules a los cielos que añora.